



DOCUMENTO DE ANÁLISIS DEL IEEE 05/2011
METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN: ACONTECIMIENTOS COYUNTURALES Y
ESTRUCTURAS DE CONTENIDO ESTRATÉGICO
(FEBRERO 2011)

1. INTRODUCCIÓN

Lo primero que nos conviene precisar es el objeto de la investigación que se emprende. Sin alejarse mucho del concepto mismo de estrategia –tanto arte de concebir planes de operaciones, coherentes con una finalidad política, como arte de conducir los ejércitos hacia los objetivos decisivos- nos conviene atender a cuatro cuestiones diferentes:

1. Las teorías estratégicas
2. Grandes capitanes y tratadistas militares
3. Acontecimientos bélicos de corta duración
4. Fenómenos bélicos de larga duración

Son, en definitiva, cuatro tipos de investigación que conviene diferenciar en su tratamiento definitivo.

La metodología para el conocimiento de una u otra teoría estratégica debería parecerse a la que está siendo practicada por quienes estudian obras de pensamiento o textos con pretensiones didácticas muy ambiciosas. Valdrían como modelos los libros que se titulan Historia de las ideas (teológicas, filosóficas, artísticas, políticas, etc...)

La metodología para el conocimiento de las grandes personalidades de una esfera peculiar de la existencia colectiva –la militar- podría aprender mucho de lo que hacen los más eminentes biógrafos. El balance suele ser la presentación coherente de un personaje dotado de carácter, que sabe mandar y se hace obedecer. Su distinción en dos clases, El hombre de acción, (general, almirante, caudillo, cabecilla, líder, etc...) y el hombre de pensamiento (escritor, tratadista, pensador, intelectual, etc...). Lo único inevitable e imprescindible es que se elija como objeto de estudio a personas orientadas hacia la historia de las campañas militares.

La metodología para el conocimiento de un hecho de armas en particular, se habría de parecer a cuanto conduce a la narración, al relato, al ordenamiento, de unas conductas suficientemente diversas. Aquí importa más el cronista que el historiador. Se trata de

aclarar lo que verdaderamente sucedió en una zona concreta durante una fase temporal de corta duración donde las voluntades en conflicto recíproco resultaron hostiles. El riesgo de error aparece cuando se generalizan prematuramente las enseñanzas en lugar de dejar a los hechos desnudos tal como se dieron en la realidad histórica.

La metodología para la descripción correcta de un fenómeno bélico de larga duración es la que más requiere el empleo de todos los requisitos del auténtico historiador. El investigador tiene que asumir la complejidad de las situaciones; tiene que recoger la aparición y la desaparición de actores principales y tiene que decantarse por lo que, a su juicio, ayuda más a la comprensión y a la explicación del fenómeno militar en su conjunto.

2. LAS TEORÍAS ESTRATÉGICAS

El método adecuado para este tipo de estudios exige una excelente base cultural de amplio espectro. Hay que moverse con soltura en el ámbito de las grandes cosmovisiones. Por ejemplo, en pleno siglo XX, se le dio importancia suma a la historia de las culturas y de las civilizaciones. Se habló, incluso, de concepciones del mundo y de cosmovisiones, de ideologías y de mentalidades. Algo (o mucho) hay que conocer sobre todo ello para penetrar en una teoría estratégica concreta.

La investigación que pretenda identificar a una teoría estratégica en particular como la mejor adecuada a un país (o a una nación) durante un cierto periodo, tendrá que ser seguida con todo cuidado para que resulte convincente. Dos ejemplos nos ayudarán a entender donde están las dificultades. El primero sería el de Napoleón, como culminación de los ideales de la revolución francesa. El segundo, el de Inglaterra y el modo británico de hacer la guerra. Para explicar a la estrategia de la acción directa de Bonaparte es una buena guía la obra toda de Clausewitz, no sólo su tratado sobre la guerra. Para la estrategia de la aproximación indirecta nos sirve de referencia la obra completa de Liddell Hart. Pero se trata de dos ejemplos válidos para una iniciación en esta aventura investigadora.

El estudioso de una teoría estratégica nueva que no haya merecido todavía la atención de los grandes y profundos intérpretes del arte de la guerra, habrá de cumplir estas cuatro tareas sucesivamente:

- a).- Localizar a la teoría estratégica en el tiempo y en el espacio donde estuvo patente
- b).- Identificar por separado los antecedentes y las consecuencias
- c).- Concretar su grado de originalidad respecto a las teorías estratégicas tangentes con la que se estudia

d).- Valorar si la teoría tratada como valiosa, creó o no una escuela de pensamiento y si fue (o no) llevada a la doctrina operativa de algún ejército (o armada) en particular.

Ahora bien, toda investigación requiere la selección de los documentos allí donde la realidad queda demostrada como existente y efectivamente instalada en un tiempo histórico. Puede concluirse que lo que resulta probado para una coyuntura reaparezca como pretensión en otra. Pero lo decisivo es siempre lo que se ajusta a una situación como única e irrepetible. No importa tanto la regularidad o el parecido con otras que una nueva teoría soporte.

Es imprescindible al investigarlo tener en cuenta que las teorías estratégicas forman grandes familias cuya clasificación, en líneas generales, está al alcance del investigador bien formado. Pero no es imprescindible el encuadramiento final de la teoría que se ha estudiado con las demás de su propia concepción. Basta la correcta descripción de lo que ha sido documentado limpiamente, sin prejuicios.

En definitiva, la aportación a una teoría estratégica general que nos viene de las lecciones de una teoría estratégica particular, poco o mal conocida cuando se inicia la investigación, puede esperar. No es lo más urgente. El verdadero objetivo del método es la clarificación de los contenidos. La crítica sobre su valor y la demolición de las falsas conclusiones tiene también interés; pero sólo deberá hacerse cuando haya base para el análisis comparativo con otras teorías estratégicas, quizás, preferibles. O más valiosas que la teoría realmente estudiada.

3. GRANDES CAPITANES Y TRATADISTAS MILITARES

El método adecuado es, aquí y ahora, del todo selectivo y está muy personalizado. Porque existen dos modos de estar presentes las grandes personalidades en la explicación del arte de la guerra en general y de las estrategias en particular. El modo práctico de los grandes capitanes y el modo teórico de los grandes tratadistas.

El género biográfico tiene sus dificultades y también sus indeseables derivaciones. No todos los datos tienen el mismo valor. La curiosidad, en ocasiones, traiciona los significados. Vale todo lo probado como real, -partidas de nacimiento, certificados de estudios, declaraciones sobre actos de servicio, memorias y autobiografías, cuando no testimonios de seres cercanos. Pero lo esencial es la forja de un carácter, en el caso de los grandes capitanes y la construcción de una interpretación ideológica en torno a los hechos, en el caso de los grandes tratadistas.

El cuidado por la cronología es prioritario respecto a la brillantez del retrato psicológico. El capitán y el tratadista, famoso o penetrante, puede ser considerado de entrada un ser genial o inspirado que deja en ridículo a los seres vulgares que le contradicen. Pero esta metodología a partir del culto de la genialidad suele conducir al despropósito. El capitán y el tratadista de la historia del arte de la guerra es, ante todo, una persona que aprende día a día de lo que le llega de su entorno. Es, casi siempre,

una persona prudente y razonable, aunque sus admiradores prefieran verle como un ser excepcional.

No se renuncia, -no se nos olvida- a concluir que el personaje es excepcional, diferente, único, etc.. Pero se ha de tener la cautela de darle a las concretas circunstancias de su existir su parte en éxito. El capitán y el tratadista dignos de ser biografiados y estudiados tuvieron maestros y tuvieron suerte (o quizás, alguna desgracia). Lo que nos resulta ejemplar es su modo de asumir los cambios que sobrevienen mientras se actúa o mientras se reflexiona.

El balance de la investigación acerca de un personaje tiene que ser convincente. Hay que jugar limpio. No vale la censura sistemática del rival más conocido descrito como una persona que todo lo hace mal y que es, de hecho, una persona maligna y peor intencionada. La calidad de un historial militar (o de una obra de pensamiento) de interés general les viene del historial y de la obra propios del personaje. No de una descalificación del precedente elegido como contrafigura.

Claro que, en ocasiones, es imprescindible mostrar como equivocadas las opiniones ya consolidadas en los textos sobre tales personajes. En la realidad de la historia de las ideas estratégicas hay muchos tópicos por revisar. Pero lo que se le agradece más al honesto investigador es que nos diga las cosas y las deje tal como él las encontró en sus fuentes originales.

4. ACONTECIMIENTOS BÉLICOS DE CORTA DURACIÓN

La metodología habrá de ser aquí más analítica que sintética. La conclusión posible queda demasiado lejos de la posibilidad de alteración de toda una doctrina acreditada por sólo una experiencia afortunada o desgraciada. El breve acontecimiento bélico, -un golpe de mano, un asalto a una posición, un paso de río, un desembarco en una playa, una sorpresa o una victoria en campo abierto a la vista de un ejército o flota desplegados- tiene que ser tratado como hecho describable y no como circunstancia simbólica de una realidad global.

La investigación del hecho requiere: un estudio del terreno, o del espacio; una toma de contacto con los episodios inmediatamente anteriores; un conocimiento de los planes en curso; un análisis de las órdenes recibidas y no reiteradas; una crítica de las doctrinas de empleo vigentes... La principal cautela a tomar separa lo que sería una valoración de las intenciones (o propósitos) de las partes en conflicto de lo que sería una valoración de las conductas de los efectivos militares propiamente dichos.

La clave está en lo que se hace; no en lo que se quiere hacer ni mucho menos en lo que debería ser ordenado. El investigador puede referirse a todo ello. Las intenciones explican muy bien a los hechos y a los preparativos en curso. Pero lo que, en definitiva, ocurre o pasa con un ejército (o con unas fracciones de unidades combatientes) viene de acciones producidas y de sucesos padecidos. No de hipótesis pensadas.

El investigador de un acontecimiento de corta duración puede interesarse por todos los detalles, siempre que descubra que tuvieron influencia en los resultados. Por ejemplo, el cansancio acumulado, la falta de orden en la alimentación, el estado de las municiones, los accidentes del terreno, las oscilaciones de la lluvia, del viento o de las temperaturas...

No obstante, lo que no podrá ignorarse, sin desfigurar las cosas, es la existencia de una doctrina convencional de empleo de las armas y de los servicios. Y lo que no deberá eludirse es el estudio del carácter del jefe de cada fracción. Aunque, sinceramente, en múltiples casos, deberá confesar que carece de elementos para asegurar la existencia de una crisis o de una desmoralización en alguna de las fracciones en presencia en un campo de batalla.

5. FENÓMENOS BÉLICOS DE LARGA DURACIÓN

Otra cosa muy distinta es el estudio de un fenómeno bélico de larga duración como podría ser una guerra de tres, cuatro o cinco años de duración. Y es que, conforme crece o se alarga la duración del conflicto, se multiplica la complejidad y se agiganta la acumulación de actores secundarios, cuya influencia en la marcha de los acontecimientos quizás desborde el papel que tenían asignado al comienzo de la guerra o de la revolución los efectivos en presencia por ambos actores principales.

No es lo mismo el análisis de un ciclo de operaciones suficiente para determinar el signo favorable (o desfavorable) de una campaña anual que el análisis de una guerra entre coaliciones de grandes potencias. La principal ayuda le llega al investigador si distingue lo político de lo estratégico y también de lo táctico (logístico).

Las ideologías y las mentalidades en presencia si se subrayan demasiado pueden embrollado todo. Porque según tenga el investigador unas u otras preferencias verá las cosas de uno o de otro modo. De aquí que el juicio de realidad deba ocultar lo más posible al juicio de valor. Un general en jefe depravado e ideológicamente detestable puede conducir con eficacia suma, -quizás con evidentes abusos de autoridad y con licencias étnicas impresentables -a todo un ejército y causar daños a una población civil más bien inocente en relación con el conflicto. El investigador puede sentirse afectado por la injusticia; pero tiene que decir que la situación resultante de la batalla principal perjudicó a unos y favoreció a otros, cualquiera que sea la catadura del vencedor.

El estado de la cuestión sobre el estudio de la guerra siempre está cargado de incertidumbres y de inseguridades. Nunca se acaba por entenderlo todo. El mayor peligro de la investigación radica en un fácil reduccionismo. Quien dice que todo lo ocurrido en una guerra se reduce, a lo político, a lo social, a lo económico, a lo estratégico, a lo táctico y a logístico, en exclusiva, no está enterándose de nada. Está, desde luego, confundiendo a sus posibles lectores.

Lo correcto en este caso consiste en precisar el punto de vista adoptado en el punto de partida. Se puede hablar de una guerra sólo para percibir el sentido de sus operaciones militares. Y entonces, la comparación en cantidad y en calidad de los efectivos en presencia es básica, así como los incrementos o las pérdidas de potencial. Se puede hablar de esa misma guerra para expresar las actitudes de los grupos sociales o de los grandes sectores de la llamada Sociedad Civil. Es una tarea muy difícil; pero merece ser abordada. Lo que se ofrece en cada caso es distinto. Pero nos vale si el lector se da cuenta de lo pretendido por el investigador y no lo transfiere a otra esfera de conocimientos.

Lo más esencial es que el lector sepa a qué atenerse. El primer rival de una buena investigación es siempre el mismo: es la falta de objetividad. No es posible eludir que las simpatías nos inclinen a favor o en contra de una fracción o bando. Todo se estropea si, de entrada, una parte es buena y la otra maligna. Lo que se estudia son los comportamientos y los resultados de esos comportamientos. Si se cuidan demasiado las intenciones manifestadas antes o después del desenlace del conflicto, la realidad histórica resultará manipulada y modificada en determinado sentido. Y esto debería evitarse.

Más difícil todavía es el análisis de un conflicto revolucionario (o de unos disturbios sociales que tengan la envergadura de una revolución o de una insurrección armada). Habrá implicados, sin dudas, militares y policías, cuyo modo de proceder no se explica por las doctrinas oficiales de empleo de las armas que se enseñan en las Escuelas de Guerra.

También se complica el estudio si se hace en particular el las expansiones de carácter colonialista y el de los procesos de descolonización. El mejor consejo pasa por el acotamiento del tiempo, del espacio y de los grupos protagonistas con ideas precisas. Sólo el historiador que ha madurado mucho puede emprender el estudio de una época de larga duración.

6. ACONTECIMIENTO, COYUNTURA Y ESTRUCTURA

Debemos al gran historiador francés recientemente desaparecido, Ferdinand Braudel, la diferenciación neta entre los métodos adecuados para el análisis de lo que sea un acontecimiento, una coyuntura o una estructura. La base de esta diferencia esencial podríamos establecerla en el concepto filosófico de duración que explicó magistralmente en su día Henry Bergson.

Tres obras de Braudel fueron traducidas a la lengua española entre 1966 y 1973 y varias veces reeditadas. Nos referimos a El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II, cuyas bases estaban trazadas desde 1923, a La historia y las ciencias sociales, que era una obra madura ya en 1968, tras haber sido publicada por partes y a Las civilizaciones actuales. Estudios de historia económica y social, de la misma época, pero que llegó a España en 1973.

Para entender el contexto conviene consultar los libros sobre historia de las ideas y de las mentalidades, por este orden, de March Bloch, tal como Apología para la historia o el oficio del historiador, cuyo antecedente más famoso es La Sociedad feudal, un texto de 1940; de Lucien Febvre tal como Combates por la historia y de Paul Weyne en Cómo se escribe la historia junto a los libros más recientes de Michael Vovelle, tal como Ideologías y Mentalidades.

El tríptico acontecimiento, coyuntura y estructura demuestra una voluntad de distanciamiento frente a las grandes cosmovisiones engendradas al hilo de la denominada filosofía de la historia. Dos de estas cosmovisiones eran las más famosas a mediados del siglo XX, la de Oswald Spengler en torno a La decadencia de Occidente y la de Arnold Toynbee, Estudios sobre la Historia.

El bosquejo de una morfología de la historia universal de Spengler había impresionado a los europeos entre 1923 y 1927, en plena crisis de los regímenes parlamentarios y de auge de las dictaduras soberanas o comisariales, como explicaba Carl Schmitt. La interpretación de la misma historia universal por Toynbee era acogida como una alternancia fatal entre dos términos, guerra y civilización, uno regresivo o bárbaro, la guerra y otro progresista y culto, la civilización. Pero los historiadores franceses de la escuela de los Anales se consideraron satisfechos por haber acertado a eludir al mismo tiempo las dos grandes simplificaciones, la de los generalistas germanos y la de los generalistas anglosajones, para quedarse con un claro escalonamiento del estudio por duraciones temporales. Hay acciones de corta duración (acontecimientos); hay operaciones de duración media (coyunturas) y hay sistemas de vida de larga duración (estructuras). Los métodos de conocimiento tienen que ser distintos. Habrá conocimiento del todo histórico si cada análisis sabe los límites temporales que acepta y habrá conocimiento del todo sociológico si cada análisis busca lo que permanece y dura, a pesar de lo que suceda o acontezca, en la realidad mudable y efímera de los hechos historiables.

Se da una expresión muy habitual entre los historiadores atentos a los conflictos bélicos que denominamos guerras. Se trata de la expresión Hecho de armas. La expresión viene de la filosofía positivista y se opone al concepto mismo de estrategia, además de estar enfrentada a la realidad cambiante de una política general. Hecho de armas es un acto aislado que determina para quien lo padece un suceso, también único. En el Hecho de armas hay tanto un acto realizado por iniciativa de un actor principal, -el general o el almirante que toma las decisiones- como un suceso acaecido en la vida de los demás participantes en aquella acción. Lo correcto es decir que coinciden en el tiempo de breve duración dos fenómenos diversos, el acto producido por el conductor de las operaciones en curso y el suceso padecido por las gentes del entorno.

El hecho es, en definitiva, un acontecimiento más o menos significativo, (más o menos fecundo) para el inmediato porvenir. Acontecimientos son, tanto una batalla decisiva de una guerra como un afortunado golpe de fuerza realizado por sorpresa y abultado por sus consecuencias.

Si nos moderamos a la hora de precisar lo que puede ser un acontecimiento militar podríamos llegar a una noción más modesta, que es la de Combate. Cada Combate es un acto que tiene resultados favorables o desfavorables. Cada Batalla es el balance de un ciclo de operaciones de mayor duración que, sin embargo, no suele determinar el signo victorioso o catastrófico de toda una Guerra. Las tres expresiones, -combate, batalla y guerra-, podrían acudir en nuestra ayuda para poder diferenciar mejor en historia militar las tres nociones de acontecimiento, de coyuntura y de estructura.

Los historiadores especializados en el estudio de campañas militares están, gracias a la naturaleza de sus trabajos, muy apartados de las cosmovisiones. Su tarea se orienta casi con exclusividad al binomio acontecimiento-coyuntura. El acontecimiento deja las cosas casi como estaban siendo. Su signo dominante revaloriza una posible tendencia. Cada nuevo Hecho de armas nos reitera lo que ya estaba siendo anunciado por otro hecho anterior, realizado con los mismos actores principales y secundarios. La coyuntura es más importante que cada acontecimiento. Cada coyuntura supone cambio de sentido. La coyuntura abre nuevas posibilidades de operar por vías que parecían vedadas al conductor de operaciones. En la coyuntura cabe la presencia de una genialidad. Después de una coyuntura superada nada queda como estaba. Para uno de los dos ejércitos en presencia todo se ha puesto más fácil y para la parte contraria se ha hecho imposible todo lo que se pensaba emprender. Cada coyuntura, no obstante, no engendra por sí misma una nueva estructura de poder. Bien utilizada por el vencedor permite una reforma radical del sistema. La reforma viene de un modo de operar que nace algo más tarde, cuando ya se ha tomado conciencia del cambio de situación acaecido.

Retengamos lo que es esencial para la historia de las guerras. Sus elementos de escasa duración tienen que ser considerados meros acontecimientos (leves o, quizás, graves). Sus coyunturas de duración media tienen que ser valoradas como preámbulos de una reforma del equilibrio de poderes. Habrá, pues, historiadores de acontecimientos que no valen como historiadores de coyunturas. Mucho menos nos sirven como historiadores de estructuras.

7. EL ACONTECIMIENTO MILITAR

Los historiadores tienen como misión genérica la búsqueda de cuanto les sirve para presentar o documentar un acontecimiento por verdadero que tuvo a un hombre (o a un grupo organizado de hombres) por actor principal. Si el acontecimiento está relacionado de alguna manera con el empleo de las armas (o con la amenaza de su utilización hostil) estamos dentro del ámbito de la historia militar.

La historia militar –para otros la historia de los conflictos bélicos que solemos denominar guerras- es una historia muy selectiva de acontecimientos que afectará a algunos actores que están en conflicto recíproco de voluntades hostiles. La característica que permite su selección como acontecimiento militar es, exactamente, la dialéctica de voluntades hostiles que se da entre ellos.

El Hecho de armas, como acontecimiento militar, es el resultado de haber pensado que la forma más efectiva (o eficaz) de agresión entre grupos humanos en conflictos de ideales o de intereses es la guerra declarada. Este tipo bélico de situaciones, al referirse siempre a unos hombres en trance de perecer, afecta de tal modo al conjunto de la existencia colectiva que todos los aspectos no belicosos de la vida quedan de alguna manera incorporados al conocimiento del Hecho de armas en cuanto tal. Todo, al parecer del historiador militar poco experimentado, tiene mucho que ver con el Hecho de armas, -la política, la ética, la religión... además de la economía y la geografía, cuando no la psicología y el clima. Y finalmente, el azar.

Es, pues, muy difícil aislar al acontecimiento de tal modo, que sólo se explique con los datos verdaderamente influyentes en lo que fue su particular desenlace. La mayor tentación viene del deseo de utilizarle como prueba del sentido general de los acontecimientos de toda una época. Cada acontecimiento quedaría así desprovisto de su carácter peculiar e irreplicable, que es siempre limitado.

Por ejemplo, la historia militar tiende, en este caso, a resultar desacreditada por esta expresión condenatoria: es una historia de <<batallitas>>. Cada batalla es aquí analizada como fenómeno técnico. Si chocan dos formaciones militares y conocemos los medios de ambas, podemos aventurar su resultado aunque no investiguemos nada más. El historiador militar se convierte entonces en una especie de profesor de táctica que, en lugar de analizar un supuesto didáctico en clase, pone sobre el mapa (o sobre el plano de situación) dos despliegues de efectivos y busca si los dos actores principales (generales en jefe) cumplen o no con los principios del arte de la guerra (inmutables). La victoria cae del lado de quien hace chocar una fuerza mayor con una fuerza menor a la que se aniquila. El acontecimiento no pasa de ser un problema de aritmética o de geometría.

Puede profundizarse algo más en lo acaecido y entonces se le da entrada a las doctrinas de empleo de las armas y de los servicios. Ganará el choque aquel de los dos contendientes que disponga de la doctrina mejor ajustada a la situación.

Ahora bien, ningún acontecimiento tiene de por sí vida propia. Cada comportamiento, frente a frente, de un enemigo declarado tiene su trama previa. La clave queda referida al tipo de documentos que conviene manejar, evitando las divagaciones. Ningún Hecho de armas carece de intriga porque las variables a cargo de los actores son múltiples. Cabe clasificarlas en tres tipos: Variables sobre el espacio, para saber donde ejercer el esfuerzo principal, por ejemplo, y donde el secundario o donde simularlos. Variables sobre el tiempo, saber cuando hay que ordenar la puesta en

marcha de los dispositivos de la acción de combatir o de eludir los efectos del asalto adversario, en ambos casos sorprendiendo respecto a lo esperado. Variables sobre el volumen de la fuerza, para saber cuantas fuerzas y de qué calidad se lanzan al choque o se inhiben de la acción.

Lo decisivo radica en el conocimiento que viene de documentos. La historia militar nunca podrá prescindir de la narración detallada del Hecho de armas, sin la cual quedaría expuesta al excesivo subjetivismo del intérprete. Todos los hombres implicados en el mando y en la obediencia tienen que declarar lo que hicieron durante la acción, para lo cual será imprescindible desvelar cual fue el ritmo de sus desplazamientos (en contacto o a distancia del enemigo).

Por esencia, la historia, -toda la historia- es conocimiento por medio de documentos. No hay historia verdadera si no se escribe una novela verosímil y veraz en la que se simplifica, se selecciona y se organiza el relato en orden cronológico. Sin el tratamiento de los documentos válidos propios de un experto, estos relatos ocuparían muchas páginas, demasiadas para que sean bien comprendidas por el lector.

La selección de documentos válidos nos viene dada por todo lo que se sabe que duerme en los archivos especializados. Cada ejército suele tener personas que se preocupan de entregar al archivo los escritos que tuvieron influencia en la acción ya consumada, -diarios de operaciones, partes de guerra, estadísticas de bajas, consumos de material... Cada campaña militar suele contar con actores que luego narran sus experiencias, quizás con mentalidad exculpatoria o panegírica. Pero lo decisivo para el acierto está en no invadir prematuramente los métodos de trabajo que van más allá del acontecimiento.

“Bajo pabellón de la sociología, -lo ha escrito con lucidez Paul Veyne- se escribe lo que en realidad es una historia de la civilización contemporánea”.

La historia militar de un acontecimiento no es algo que pueda confundirse con la física –un cuerpo de leyes naturales; ni con la sociología- un cuerpo de realidades sociales. La historia militar es un cuerpo de Hechos de armas ya consumados que están a disposición del estudioso para que conozcamos mejor al hombre armado en sociedad y, particularmente, si anda metido en una situación de conflicto.

La historia militar nunca nos va a dictar una decisión. Simplemente va a mantenernos alertados por las experiencias del pretérito. No podemos sacar todas las enseñanzas merced al análisis exhaustivo de sólo una o dos campañas militares. Hace falta una perspectiva amplia.

El tejido de la historia, en general, es lo que llamamos una intriga, una mezcla muy humana y poco científica de causas naturales, de fines humanizados y de azares. Cada Hecho de armas no es nada sin su intriga. No es, sin embargo, posible que el historiador describa una totalidad, de una vez para siempre.

8. LA COYUNTURA DE CAMBIO

La descripción de una coyuntura está también limitada por la selección que se hace de nuevos materiales más generales y ambiciosos que los utilizados para la narración de un mero acontecimiento, por decisivo que sea. Hay que confesar por adelantado qué es lo que se está buscando para poder demostrar la realidad de un cambio histórico de situación, es decir, la aparición de una nueva Tendencia.

Todo quehacer histórico resulta siempre inacabado. Cada generación tiene que emprenderlo de nuevo, porque se han encontrado nuevas fuentes o porque se han descubierto nuevas leyes y se han ofrecido mejores esquemas explicativos.

La coyuntura, como objetivo de una investigación, nos enfrenta en lo militar con la historia de las ideas estratégicas. El acontecimiento sólo nos obligaba a conocer la táctica o la logística de las Unidades en presencia (o la antropología, el carácter de los mandos militares dotados de autoridad con sus preferencias operativas puestas al descubierto). El estudio de la estructura exigirá alta cultura y una notabilísima amplitud de miras. Su objeto consistirá en desvelar las vigencias en curso.

La historia militar de una coyuntura ha de ganar día a día racionalidad y ha de pretender una visión de conjunto suficiente. Las ideas estratégicas son más vaporosas que las confrontaciones tácticas. La coyuntura que les atraviesa es crítica. Supone una crisis de confianza en los hábitos consolidados por una doctrina en vigor y propone una teoría mejor ajustada a la realidad. Todo se hace sospechoso de error y discutible en grado sumo. Persigue el conocimiento de las ideas básicas que sobre la conducción de las operaciones son propias de una cultura. No se detiene en el balance de los combates o de alguna batalla general. Saca las consecuencias que cada guerra está teniendo para la comunidad política que la emprende o que la sufre.

El arte de buen mandar del general en jefe –o del almirante de la flota- sigue teniendo mucha importancia; pero la tiene mayor la moral de combate de las unidades movilizadas como reflejo del estado de ánimo de la sociedad que les envía a los teatros (terrestres o navales) de operaciones. Las batallas interesan pero, sobre todo, porque ponen de relieve el acuerdo moral de una población civil con los mandos de sus ejércitos o de sus armadas.

Todo es coyuntural, queremos decir, todo es propio de la situación verdaderamente dada, aquí y ahora. O allí y entonces, si nos referimos al pretérito. El riesgo de equivocación viene del deseo de hacer jugar sólo a las constantes históricas. Todo pueblo, nación o grupo civilizado de naciones aparece marcado por preferencias estables que nadie osa modificar. Y esto es una equivocación, porque cada nueva coyuntura contiene los datos que le pertenecen sólo a ella. No refleja una necesidad, ni la naturaleza de las cosas. Abre posibilidades inéditas.

Al historiador de una coyuntura de cambio, -el cambio tecnológico no será nunca despreciable y a veces es el decisivo- le importa dejar fijado de una vez por todas y para cierto periodo de tiempo, el grado de integración de un gobierno en funciones con la mentalidad de un general o almirante en jefe. Se entiende que cada gobierno tiene, quiéralo o no, limitada su acción, -su libertad de acción- por la voluntad popular y que el comandante militar o naval, más bien la tiene limitada por las posibilidades reales de sus tropas en un trance concreto de media duración.

En la historia no todo son auténticas coyunturas de cambio. Existen algunas épocas más propicias que otras a la aceleración del tiempo histórico. Los hombres, con razón o sin ella, aceptan en ocasiones que no se respeten las normas y que se olviden las tradiciones. Esto es muy grave en historia militar porque así se propicia la aceptación irracional de jefaturas que presumen de ser innovadoras, es decir, de mandos geniales que ordenan lo nunca visto.

El planteamiento adecuado a una historia militar coyuntural exige manejar otros documentos y otros testimonios que la historia de los acontecimientos que venimos llamado Hechos de armas. Lo que resalta como muy útil son las Tendencias. Lo más peligroso para incurrir en error sería la vaga esperanza del advenimiento de un genio. La historia coyuntural mal hecha -la que se hace desde el romanticismo- no deja de referirse a la falta de genialidad de los conductores hábiles de operaciones que tardan en llegar a la decisión más favorable.

Pero es posible entender bien lo que verdaderamente está cambiando sin apelar al genio de la guerra. Porque el cambio puede quedar, simplemente, en una ocasional irrupción de una invención técnica o del éxito de una fabricación en masa de lo que existía de modo artesano. La aparición del ferrocarril, del buque a vapor, del avión de transporte o de un explosivo más manejable y con mayor alcance sería suficiente para definir a una coyuntura de serlo con notables efectos sobre la historia de las confrontaciones militares. Aquí pesa mucho la estadística, es decir, las cifras (sean demográficas o de producción de instrumentos bélicos o de elaboración de productos útiles). Nada digamos si se tratara de un hallazgo médico cuya aplicación reduce las pérdidas de vidas humanas en las filas combatientes.

9. LA ESTRUCTURA DE LA SOCIEDAD

La historia de las ideas estratégicas puede y debe ponerse en la antesala de la historia de las ideas políticas o de las ideas filosóficas. Las reformas acaecidas en la relación Fuerzas Armadas – Sociedad Civil se amparan en la evidencia de algo más que un cambio de coyuntura, porque sugieren la alteración de las estructuras vigentes.

El cambio decisivo es el que ofrece el salto desde una estructura a otra. La estructura puede ser comprendida como estructura de la sociedad o como estructura de los fragmentos (o sectores) de una sociedad global. En este sentido, puede hablarse de las estructuras (o del sistema militar) que se saben vigentes durante un largo periodo de la

historia y dominantes en un espacio regional habitado por miembros de una sola cultura.

Cuando Ferdinand Braudel, en sus estudios históricos del área mediterránea, se propuso el conocimiento riguroso de una estructura social, lo primero que hizo fue una descripción geográfica. No es que considerase a la geografía como un saber que determinaba la naturaleza de las cosas de una vez por todas. Es que le concedía a los grupos sociales implantados en una región una homogeneidad de convicciones, de deseos y de sentimientos, prácticamente firme y difícil de alterar. Es aquí cuando se habla de fenómenos de larga duración. El concepto básico es la Vigencia, es decir, la resistencia al cambio. Es el vigor en la defensa de un modo de hacer las cosas que se sabe acreditado. Desde este supuesto se hace posible la ciencia que venimos llamando geopolítica. Lo vigente pesa más que lo tendente: la vigencia domina a la tendencia.

La historia militar no tiene fácil su incursión en el conocimiento de las estructuras sociales. El historiador de las campañas militares (o el estudioso de las organizaciones para la defensa en orden a la seguridad colectiva) ha de olvidarse del habitual interés del cronista de Hechos de armas sólo por los acontecimientos aislados de los que ninguno está repetido. También habrá de superar las limitaciones de la investigación de tipo coyuntural que le desvelaría la fuerza en un momento dado de una Tendencia que produce cambios significativos en la situación. (O que los ha producido en tiempo pasado). La historia estructural tiene que ayudarse en tipos y en modelos fácilmente generalizables. Pero no por ello deja de ser historia de la acción recíproca entre voluntades hostiles. Nunca historia de una realidad completa.

La manera de ordenar las enseñanzas en el ámbito grandioso de una historia estructural sigue siendo dualista. Es historia que compara dos estructuras diferentes y determina cual es la mejor asentada. Corre el riesgo de reducirlo todo a esquemas endurecidos. Como todo historiador, el de las estructuras ha de comunicar su punto de vista con la espontaneidad de un viajero que da cuenta de sus hallazgos paso a paso. Si abstrae demasiadas conclusiones firmes y se manifiestan claramente sus gustos y preferencias, dejará de servir para la explicación de la realidad social que siempre está viva y puede sorprendernos con nuevas posibilidades de interpretación.

Lo que no está al alcance de la historia especial o específica –nada genérica o general– es la visión global del sentido de la historia universal a la que tienden los filósofos de la historia, es decir, los estructuralistas más puros. Todos los hombres de pensamiento actúan y enseñan en brazos de ideas y de creencias muy precisas. Pero no es propio de la historia militar ofrecer juicios críticos sobre estas ideas y creencias. Basta con que se les deje a los lectores orientados sobre el estado de la cuestión.

Las grandes cosmovisiones del tipo de la providencialista de San Agustín en La ciudad de Dios o de la progresista de Manuel Kant en su opúsculo de La paz perpetua y de la organicista, por ejemplo, de Oswald Spengler en La decadencia de Occidente, son ilustrativas y enriquecedoras del saber; pero no se refieren al oficio del historiador

concreto. La escuela analítica de Maquiavelo sobre la realidad del poder, la escuela intelectualista de Max Weber sobre los valores preferidos y la escuela realista de Carl Marx sobre la prioridad de los intereses sobre los ideales, en cambio nos desvelan rasgos muy precisos sobre el devenir previsible de la situación desvelada.

La historia estructuralista le debe mucho al uso de las tipologías que clasifican los fenómenos y que describen los modelos. Cada tipo, (puede ser un tipo de hombre apto para la guerra caballero, héroe, soldado o militar), es lo que quiera hacer de él cada historiador. La idea de utilizar tipos para el conocimiento de una estructura nace de que pueden servir para abreviar una descripción demasiado compleja. Permiten, al igual que los modelos, resumir una intriga y tener preparadas varias hipótesis plausibles que anticipen con alguna lógica el desarrollo de los acontecimientos que vienen detrás en el tiempo al fenómeno analizado.

El establecimiento de tipologías casi abstractas es una necesidad de la historia comparada. La historia comparada recurre a las analogías entre fenómenos parecidos para suplir las lagunas de las fuentes documentales. Quien conoce con suficiencia varias historias distantes en tiempo y espacio puede profundizar mejor en la originalidad de la historia que está estudiando. El saber de los políticos modernos sobre el fenómeno de la guerra puede extraer muchas lecciones del análisis comparativo de los fenómenos clasificados dentro del mismo tipo de conflicto bélico. La geopolítica suele gozarse con esta metodología reductora de complejidades.

La historia comparada de las culturas y de las civilizaciones no sirve inmediatamente a los trabajos de historia militar; pero les ofrece un léxico de fácil comprensión. La primera orientación que hay que tener en cuenta es la que conduce a la estima de los fenómenos de larga duración, aunque sean frecuentemente conflictivos y ofrezcan frecuentes estallidos súbitos de violencia. Vigencia quiere decir constancia y recurrencia de lo que está en la naturaleza de las cosas.

De aquí que el historiador militar (o del arte de la guerra) cuando no pretende elaborar grandes síntesis, sea sólo un historiador que redacta monografías de la realidad social acerca de lo que se denomina guerra en alguna de sus concreciones históricas. Pero la guerra no es un concepto unívoco que aparece en cualquier tiempo y circunstancia de la misma forma. En cada coyuntura o periodos de duración media, sus episodios particulares (o periodos de corta duración) tienen perfiles muy claros.

Ahora bien, es conveniente que la historia militar en sus textos precise lo antes posible la disponibilidad de unas tipologías muy complejas que le dejen clasificados todos los conflictos. Debe distinguir como peculiares tanto los tipos de guerra diferentes, como los modelos, sea de ejércitos y de armadas, sea de escuelas de estrategia y los modos específicos de conducción de las operaciones que se relevan en la historia de la realidad social para ocupar el primer plano de la atención.

Hay, en la realidad histórica, una tipología de la guerra grande –distinta de la guerrilla o del golpe por sorpresa- que no se deja confundir con cada uno de sus episodios bélicos porque se refiere a fenómenos de larga duración y recurrente dentro de las fases de vigencia una cultura (o de una civilización) si están éstas bien consolidadas. Puede hablarse en los textos de historia estructural de guerras primitivas, de guerras imperiales, de guerras señoriales y de guerras nacionales. Y pueden localizarse conflictos menores (como motines, pronunciamientos, golpes de Estado y disturbios revolucionarios...) para, finalmente, alcanzar a saber la naturaleza de sus actores mejor organizados (bandas armadas, partidas de guerrilleros, ejércitos de masas o ejércitos profesionales, etc.).

En definitiva, lo que salta a la vista del investigador de la realidad histórica es la imposibilidad de medir los Hechos de armas según una pauta común y la necesidad de distinguir como propios de cada caso los mejores niveles de contemplación, sea del acontecimiento, de la coyuntura o de la estructura, que nos los hacen más comprensibles.

10. CONCLUSIONES

En definitiva, la evolución del pensamiento estratégico, en conjunto, para ser científicamente conocida, requiere la convergencia de métodos muy distintos entre sí.

La clave del acierto radica en establecer una relación directa entre dos elementos antagónicos, el actor y la situación. El actor es, o puede ser, un buen estratega. Sólo es un hombre a quien se puede llegar a conocer poco a poco, gracias al estudio de sus reacciones personales en momentos delicados o difíciles. La situación es, o puede ser, demasiado compleja. Conviene arriesgarse en ella a través de una sutil tarea de desglose de cuanto no sea substancial. Llegar a la descripción de la situación verdaderamente dada es algo que merece ser valorado como muy importante. Pero se tarda mucho en llegar a dominarla.

Las ciencias históricas son muy complejas y, además, son insuficientes. Hacen falta ciencias auxiliares. Y sobre todo se precisa el buen sentido, o sentido común, que estará tanto o más presente cuando no se olvide que el actor principal y los actores secundarios son hombres más o menos normales, pero nada más que seres humanos, sometidos a la urgencia de una decisión grave.

*Madrid, 25 de febrero de 2011
General de Brigada (R) Miguel Alonso Baquer
Asesor principal del Instituto Español de Estudios Estratégicos*